

CARLOS MANUEL: una amistad casi cincuentenaria

Por AURELIO ALONSO

Cuando nos conocimos en 1966 hacía pocos años que Carlos Manuel había regresado de Roma y, pese a su juventud, me atrevo a afirmar que, desde entonces, no se contaba entre las figuras de la Iglesia con quien le pudiera aventajar en posibilidades de diálogo en el entorno intelectual y académico. Sus artículos en el diario *El Mundo* aportaron al lector cubano las primeras manifestaciones del nuevo clima que trataba de introducir en el discurso eclesial el Concilio Vaticano II.

Con algunos años menos de edad que él, yo entraba en la primaria de los Hermanos Maristas de la Víbora cuando Carlos Manuel terminaba el bachillerato, de modo que allí no coincidimos. Cuando se dio nuestro encuentro comenzaba yo a buscar una lectura del marxismo despojada de patrones dogmáticos, convencido de la nulidad de los primeros esquemas doctrinarios con los cuales me introduje al pensamiento socialista. La solución no podía ofrecérmela Carlos Manuel, por supuesto, pero la posibilidad de familiarizarme con una lectura religiosa distinta de la que había dominado a mi niñez católica, y repetida de cierto modo a la vuelta de los años en los dogmas de la crítica materialista, me acercaba al problema.

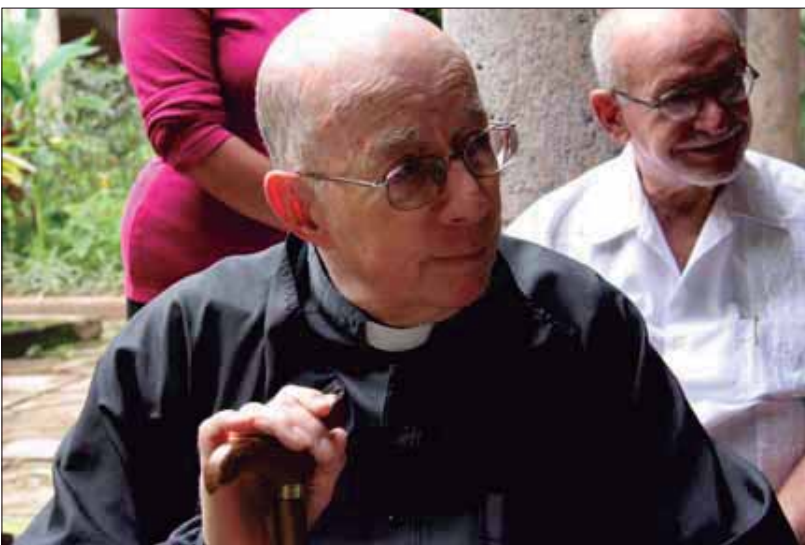
Empezó nuestra amistad, como seguramente algunos conocen, polemizando sobre Pierre Teilhard de Chardin, a través de cuyas obras, recién despenalizadas por la Iglesia, me había introducido en una lectura filosófica cristiana más convincente que todo lo que

había llegado a mis manos hasta el momento. En Cuba había sido el dispositivo estatal de adquisición y venta de libros el que había puesto en circulación el pensamiento del filósofo jesuita francés, y no la Iglesia. Cruzamos varios artículos oponiendo criterios e interpretaciones, él desde *El Mundo* y yo desde *El Caimán Barbudo*, que acababa entonces de nacer. Aprendí mucho de Carlos Manuel en aquella polémica, que para nada debilitó nuestras respectivas identidades ideológicas y se convirtió, por el contrario, en el puntal de nuestra amistad. Gracias a él conocí la obra de Henri de Lubac, de Yves María Congar, de Karl Rahner y otros reformadores de la época, de Alfred Loisy y los historiadores reformistas, y pude percibir las tensiones y dinámicas que pueden darse tras el debate teológico.

Desde entonces nos vimos muchas veces, pero no volvimos a confrontar criterios en una polémica pública, a pesar de que con frecuencia he abordado en mis artículos el tema de la fe en el contexto de la transición socialista cubana. Sin embargo, sostuvimos desde nuestro primer encuentro un intercambio casi permanente de libros que considerábamos de mutuo interés, discrepante en más de una ocasión. Recuerdo, en particular, nuestras conversaciones sobre el catecismo elaborado por los teólogos de Nimega, citado siempre como el “catecismo holandés”, cuyo uso quedó finalmente desautorizado, al considerarse demasiado audaz para la doctrina. Y, por supuesto, sobre la Teología de la Liberación.

En los años que siguieron a mi paso por la dirección de la Biblioteca Nacional mantuve relaciones de amistad con algunas de las figuras que allí conocí, como Cintio y Fina, Eliseo y Bella, Anabel Rodríguez y Mario Parajón, y en más de una ocasión pude disfrutar de sus encuentros, en los que Carlos Manuel nunca faltaba. Pero con más frecuencia lo visitaba yo en el lugar que le estuviera asignado en el momento: en el seminario, en el arzobispado, en la parroquia de Jesús del Monte, en la iglesia del Ángel, en la secretaría de la Conferencia de Obispos y, finalmente, en la parroquia de San Agustín, para conversar, como le gustaba decir, de lo humano y lo divino. También fue una visita habitual

Foto: ManRoVal



en mi casa, donde nos reuníamos en ocasiones con otros amigos comunes.

Fue él quien me presentó a monseñor Cesare Zachi, pocos meses después de conocernos. E igualmente a monseñor Francisco Oves, aun antes de que fuera obispo, y me aseguraba que me iba a interesar más que él como interlocutor por su dominio del marxismo. No fue así, aunque mantengo un buen recuerdo de los escasos encuentros que tuve con monseñor Oves. Cuando fue ordenado obispo, quedé sorprendido de que no lo fuera igualmente Carlos Manuel, pero la vida mostró que no era esa la ruta que le tocaba a su ejercicio pastoral.

A monseñor Céspedes pienso que le debo la introducción en el medio católico y las relaciones que he podido desarrollar y de las cuales hoy me precio. Pero sobre todo le debo una amistad constante y sincera.

De aquellos primeros años recuerdo también que en una ocasión nos encontramos en el vestíbulo del hotel Habana Libre y me dijo: "Ven, para que conozcas a mi tía Alba de Céspedes", y de allí nació mi relación con Alba, que era una mujer muy singular. No nos vimos con frecuencia, pero siempre que sucedió fue afectuosa con el amigo de su sobrino. No puedo olvidar que al regreso de mi misión diplomática en París, a finales de 1988, Alba no pudo asistir a mi recepción de despedida por hallarse en Italia. Pero estuvo de vuelta unos días antes de mi partida y recuerdo que, en nuestra última noche en la Ciudad Luz, Cary, mi esposa, y yo la visitamos en su casa de la Isla de San Luis, y después salimos a caminar con ella por la isla, cuyos rincones se sabía de memoria, y terminamos a la medianoche en un pequeño restaurante provenzal que le gustaba mucho y donde todos la conocían.

En la primera mitad de los años setenta visitó brevemente nuestro país el padre Pedro Arrupe, el más destacado de los prepositos generales de la Compañía de Jesús en el siglo XX, y yo, que había seguido con mucho interés las posiciones de los jesuitas hacia la ola de movimientos de "cristianos por el socialismo", y similares, en aquellos tiempos posteriores a CELAM II y a la incomparable encíclica de Pablo VI, *Populorum progressio*, quise conocer a aquel personaje, maestro de la comprensión y de la entrega. Se lo comenté a Carlos Manuel y él logró arreglar, a pesar de la apretada agenda de Arrupe, una conversación entre los tres, de la que guardo un vivo recuerdo.

Debo decir que, con Carlos Manuel, siempre pude expresar con franqueza mis puntos de vista acerca de cualquier tema, por delicado que fuera, sin que nuestra amistad se viera afectada por ello, y él mantuvo conmigo la misma transparencia en sus relaciones. Cuando publiqué la primera edición de *Iglesia y política en Cuba revolucionaria*, le pedí a mi amigo sacerdote que hiciera su presentación en la Feria del Libro de 1998, y él aceptó sin vacilar, y lo hizo de manera impecable.

Otro momento compartido se vincula al XXII Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA, por su sigla en inglés), que tuvo lugar en marzo de 2000 en Miami. El tema del catolicismo cubano estuvo presente allí en varios paneles, dos de ellos con la presencia de Carlos Manuel como ponente. Uno, titulado "Iglesia y sociedad en Cuba dos años después de la visita de Juan Pablo II", organizado por dos académicos norteamericanos, Margaret Crahan y Shawn Malone, contó con ponencias de monseñor Thomas Wenski, entonces obispo auxiliar de Miami, monseñor Carlos Manuel de Céspedes, Jorge Ramírez Calzadilla y yo. En el otro, bajo el título de "Cooperación y solidaridad en el alba del Tercer Milenio", compartió la mesa con monseñor Gregorio Rosas Chaves, entonces obispo auxiliar de San Salvador, y el doctor Martín Poblete, profesor de la Universidad de Columbia y subdirector del Centro Católico Hispano de Nueva York. Debates muy concurridos y en los cuales las capacidades de Carlos Manuel tuvieron una altura apreciable.

Los que le conocimos sabemos que era cultísimo, amante de la música clásica, del ballet y de la ópera. Cuando le visitaba era frecuente que se encontrara escuchando alguna grabación operática de calidad. Fue miembro de la Sociedad Pro Arte Musical, y en su juventud disfrutó, como yo, de las temporadas de ópera y de conciertos que organizaba. Pero esta coincidencia también la descubrimos al conocernos años después, como la de haber estudiado en el mismo plantel.

En los últimos tiempos coincidíamos en el Aula Fray Bartolomé de las Casas, auspiciada por la Orden de Predicadores, en el Convento San Juan de Letrán, en ceremonias a las cuales era invitado, y a veces nos encontrábamos algún que otro sábado para almorzar en casa de Lupe Velis, junto a Luis Báez, el periodista, y Cary Cruz, mi compañera, y alguna que otra persona más. Anfitriona incomparable, delicada y culta, que sabía reunir a los amigos en torno a su mesa, y hacía de esos encuentros momentos irrepetibles. Lupe nos abandonó inesperadamente, dejando una estela de dolor.

Cuando Carlos Manuel enfermó, hace varios años, parecía el final para él. El tratamiento que se le logró dar en Suiza prolongó su vida, cuyo final estaba, de todos modos, marcado. Su muerte no podía tomarnos por sorpresa, pero no por ello nos dolió menos a quienes le queríamos.

Esperamos ahora que se complete la edición de la obra de Carlos Manuel, que con tan buen juicio y laboriosidad han asumido ya los padres dominicos, por iniciativa del padre Manuel Uña. Luis Báez y Pedro de la Hoz le grabaron una extensa entrevista, que tuvo tiempo de revisar, se encuentra en proceso editorial y se convierte, con su partida, en un verdadero homenaje a su vida de religioso, de pensador y de cubano.

La Habana, 2 de marzo de 2014